

HOMENAJE A JUAN F. NOYOLA VÁZQUEZ*

Fernando CARMONA**

Señoras y señores, compañeras y compañeros de este Instituto, Juanis y demás familiares de Juan Noyola, señor Embajador de Cuba, maestros que presiden esta reunión:

¿Qué honramos en Noyola?

El nombre de Juan Francisco Noyola Vázquez es bien conocido de los economistas mexicanos. Recientemente, como ustedes saben, incluso una institución profesional del corte del Colegio Nacional de Economistas ha instituido un premio nacional de Economía que lleva su nombre, el cual se ha otorgado ya durante los tres últimos años. Están aquí con nosotros varios de los investigadores premiados por esa asociación profesional.

La Universidad nuestra y otras del país no han sido del todo ajenas a los homenajes como el que esta noche se realiza en el Instituto de Investigaciones Económicas a iniciativa del maestro Jesús Silva Herzog. A principios de diciembre de 1962, apenas unos días después de la trágica muerte de Juan Noyola la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, dirigida entonces por Emilio Mújica, hoy funcionario del más alto rango en el actual gobierno mexicano, realiza

* Versión completa de la intervención resumida en el acto efectuado en el auditorio del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, la noche del 28 de noviembre de 1978.

** Investigador titular del IIEC-UNAM.

un conmovedor homenaje que colma el Auditorio Narciso Bassols con los alumnos, profesores y egresados del plantel.

En 1969 la Escuela de Economía de la Universidad de San Luis Potosí de la que fuera director Manuel Aguilera —primer autor laureado con el premio Noyola del Colegio Nacional de Economía en 1976 y hoy alto funcionario del gobierno—, decide dar el nombre de Juan a su biblioteca, y con este motivo lleva al cabo un concurrido ciclo de conferencias también organizado por la iniciativa y con la participación de don Jesús Silva Herzog.

En 1970 el propio don Jesús pronuncia un importante discurso ante una generación de economistas egresados del Instituto Politécnico Nacional que adoptó el nombre de Noyola y a la que el maestro Silva «apadrina», en el cual éste hace una sentida semblanza y exalta el ejemplo de su discípulo Noyola Vázquez.

Esta noche en nuestro Instituto honramos modesta pero sinceramente la memoria de quien fuera distinguido alumno y profesor de la hoy Facultad de Economía, destacado investigador y ciudadano mexicano a quien el gobierno revolucionario de Cuba otorgó el máximo homenaje de concederle póstumamente la ciudadanía cubana por su amor, entrega y aportes a la primera revolución socialista del continente americano.

Fuera de los homenajes formales, en 1966 surge en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM un grupo político estudiantil de izquierda que reúne a varios jóvenes brillantes y denodados que adoptan el nombre de Juan F. Noyola como título de batalla. Este grupo habría de destacar tanto en las luchas de la Escuela por acercar sus estudios a la Economía Política y, críticamente, a la dramáticamente injusta realidad nacional, como en el movimiento democrático y renovador estudiantil del 68, verdadera clarinada libertaria que marca un hito en la historia política reciente de México. Quizá la mayoría de los que militaron en ese grupo se mantienen en distintas posiciones de la izquierda. Una década después algunos de ellos, hoy maestros universitarios, también nos acompañan esta noche; otros ocupan cargos oficiales modestos y aun de alto rango.

Es evidente que no todos honramos en la memoria de Juan F. Noyola las mismas cosas. Quizás todos coincidamos en el respeto a su honradez intelectual y a su ejemplo moral. Aun en este México en que la corrupción es un cáncer enquistado que, desde hace décadas, genera continuas metástasis que coadyuvan a matar ideales y a torcer caminos de tantos jóvenes universitarios pequeñoburgueses que soñaron con la revolución pero pronto envejecieron, pronto se acomodaron a sus anchas en el viejo, carcomido y brutalmente injusto régi-

men social que un día quisieron transformar de raíz, se suele reconocer, un tanto en abstracto y casi siempre después de muertos, las virtudes de quienes como Noyola a lo largo de su vida se esforzaron por —y lograron— imprimir congruencia ética y ciudadana a su trayectoria profesional e intelectual.

Unos posiblemente honran en él principalmente al técnico brillante que llegó a manejar con soltura los instrumentos del análisis económico coyuntural, no histórico, que el Estado demanda para guiar su política. Otros, al economista nacionalista y al demócrata liberal que fuera durante años, quien durante sus primeros tiempos tanto en sus trabajos profesionales como desde la cátedra explicaba, cuantificaba y denunciaba con claridad y penetración la iniquidad de la dependencia económica nacional y la irracionalidad del subdesarrollo capitalista.

Otros más honramos al intelectual que fue capaz de evolucionar desde la posición de un bien preparado economista técnico, de éxito profesional y académico indudable, hasta convertirse en un sólido científico social; y de un ecléctico liberal progresista en un marxista-leninista dispuesto a correr la suerte de todos los revolucionarios sinceros. Podemos decir que en Noyola se confirma, una vez más, lo que el maestro Narciso Bassols alguna vez afirmó: en un país como México no es posible ser un genuino científico —sobre todo un científico social, agrago—, si no se es un verdadero ciudadano.

Juan y la Revolución Cubana

El que habla fue contemporáneo de Noyola. Estudiamos al mismo tiempo en la pequeña escuela de Economía de la UNAM que en aquel entonces, a mediados de los años cuarenta, difícilmente llegaba a los trescientos alumnos en total y en la que el intercambio de los miembros de esa comunidad —estudiantes, profesores y empleados— era estrecho, fácil, natural por así decirlo.

Algo menor que Juan, sin embargo, el que habla llegó a conocerlo como profesor. Fue profesor mío en el año de gracia de 1948, cuando al mismo tiempo éramos compañeros en algunas lides profesionales, él desde la Secretaría de Hacienda, este servidor desde el Banco de México. En esta doble relación fue intimándose una amistad que se sostuvo a lo largo del tiempo, incluso durante su permanencia de años en Santiago de Chile a donde Juan marchó con su familia al servicio de la CEPAL y conoció a Vuskovic y a otros intelectuales chilenos que más tarde participarían en destacadas posiciones del gobierno de la Unidad Popular.

El Juan Noyola que tengo en mente no es por cierto sólo el economista brillante de cultura amplia, casi enciclopédica podríamos decir; no es meramente al investigador sagaz, penetrante, de amplia visión; no es sólo al intelectual inquieto, inquisitivo siempre frente a los problemas sociales y económicos de fondo que le permiten arribar a conclusiones que sin alcanzar todavía la profundidad que a mi juicio sólo es posible a partir de una aplicación creadora de la teoría marxista-leninista, sin embargo entrañan ya aportes apreciables para la comprensión de problemas importantes de los pueblos de nuestra América y del mexicano en particular, como son los que causan los así llamados desequilibrios fundamentales en la relación económica internacional subordinada de nuestros países o las causales estructurales —o más bien no monetarias— de los procesos inflacionarios.

Ese Juan Noyola que sin duda tuvo a su alcance y pudo haber accedido, como no pocos compañeros suyos de generación universitaria lo hicieron, a los puestos más importantes de gobierno, incluso al nivel de secretario de Estado, o seguir el camino del enriquecimiento fácil dentro o fuera de los aparatos estatales, en el apogeo de su carrera profesional decidió aceptar el ofrecimiento de encabezar una misión técnica de las Naciones Unidas, fue a Cuba a principios de la Revolución, en pleno 1959, en donde empieza a jugar un importante papel en el estudio de los problemas y en el trazo de una estrategia económica para la primera etapa de la construcción revolucionaria.

Nunca pudimos estar más unidos como cuando, junto con millones de trabajadores y miles de intelectuales latinoamericanos, la Revolución Cubana nos aportó una misma definición y una misma convicción:

[...] creo que todos los latinoamericanos somos en muy buena medida compatriotas —decía Juan al iniciar un curso de Economía en La Habana en 1959—, y lo somos más todavía en momentos como los que está viviendo Cuba ahora, como durante los años 1920 y 1930 fue el caso de México, como en otra época lo fue Chile. . . [De] lo que se está haciendo hoy en Cuba [de] la lucha que tanta sangre le ha costado al pueblo de Cuba [...] va a depender el futuro [...] de todos estos doscientos millones de personas que tienen una afinidad cultural, que tienen problemas de desarrollo económico, de desarrollo social y desarrollo político semejantes.

Hace tres meses la editorial Siglo Veintiuno publicó, también a iniciativa del maestro Silva Herzog quien lo prologa, un libro póst-

tumo de Juan F. Noyola integrado con diversos materiales escritos entre 1959 y 1962: *La economía cubana en los primeros años de la Revolución y otros ensayos*, en el cual puede seguirse paso a paso la rápida evolución de nuestro amigo a lo largo de por desgracia efímeros tres años, en que pudo entregar lo mejor de sí mismo a la defensa y a la transformación revolucionaria de Cuba con la cual se inicia en nuestro hemisferio la era del socialismo.

Como miles y millones de cubanos, Juanito —como muchos le llamábamos—, se transforma al paso de los avances y vertiginosas rupturas con el pasado que la Revolución impulsa, y sufre dentro de sí un profundo cambio cualitativo. Como lo afirmé hace dieciséis años en el homenaje organizado por la Escuela Nacional de Economía, el enorme acervo cultural y profesional que había acumulado a lo largo de varios decenios, su habitual penetración, la indudable capacidad de análisis de quien antes fuera principalmente un observador de la lucha social, en estos tres años habrán de fundirse en la teoría y el método del marxismo-leninismo y en la práctica sin reservas ni titubeos de un actor revolucionario.

La Cuba de 1959-1962 afrontaba gigantescos problemas. Los afrontaba y empezaba a resolver por vías hasta entonces inéditas en la América Latina y por encima de los bloqueos y boicots económicos, técnicos y militares decretados por el imperialismo norteamericano, a pesar del sabotaje criminal, el terrorismo, el acoso y las campañas calumniosas incesantes desatados contra la Revolución por todos sus poderosos enemigos. Enfrentarse a estos ataques convierte a Juan en algo más que un teórico valioso y un formador eficaz de nuevos cuadros técnicos: en un disciplinado militante revolucionario, en un miliciano dispuesto a defender con su sangre las históricas conquistas de Cuba, que con el heroísmo de su pueblo, la solidaridad internacional y el apoyo de los países socialistas, en esos años se constituye en el Primer Territorio Libre de América. Esto es, Juan se convierte en un luchador dispuesto a defender con su vida la revolución latinoamericana.

Gracias a la sencillez y claridad meridiana con que Noyola llegó a ejercer su especialidad de economista-político, y a su pasión de revolucionario sin dobleces que en cada uno de los trabajos recopilados se descubre, la lectura de este libro permite apreciar cuáles eran los principales problemas a los que la Revolución tenía que encontrar solución. Es aleccionador e interesante leer y releer esas páginas que incluyen desde algunos cursos impartidos para la capacitación de los pocos economistas entonces existentes en la Isla, hasta sus observaciones sobre los problemas de la investigación científica y las cues-

tiones de fondo que por ser las de la construcción del socialismo en un país capitalista subdesarrollado, atrasado y estructuralmente dependiente como Cuba, son también nuestros problemas latinoamericanos.

Pertrechado con un extenso conocimiento previo de la historia y la economía de México y los demás países de nuestra América, en poco tiempo Noyola pudo calar hondo en las peculiaridades del proceso histórico cubano:

[...] el latifundio, la gran hacienda española en México, en Perú, en Bolivia —señala por ejemplo desde 1959— [...] es una forma de tenencia de la tierra que le asegura al propietario el poder político y un nivel de ingresos relativamente alto, [...] pero en la que no hay incentivos ni para la transformación técnica ni para la utilización más completa de los recursos [...] El latifundio cubano es [...] un fenómeno causado por la expansión de la producción azucarera y ganadera [...] [su] raíz económica y social es muy distinta [...]; [...] Cuba no ha tenido el problema del peonaje [...] una vez liquidada la esclavitud, el trabajo asalariado ha sido la forma dominante de relación de trabajo; no ha habido peonaje ni ninguna forma oculta de servidumbre como en otros países.

Juan está entre quienes desde el principio del proceso revolucionario insisten en que no se podía ni se debía calcar moldes de la construcción de una nueva sociedad, por exitosos que éstos pudieran haber sido en otras latitudes y en otros contextos históricos, sino ajustarse imaginativa pero estrictamente a las concretas posibilidades, los recursos reales, el nivel heredado del desarrollo histórico de Cuba, y a los cambios operados en el mundo contemporáneo en que el socialismo, una formación social superior, es un hecho real —cualesquiera sean sus imperfecciones—, en un número cada vez mayor de países. Por ello está entre los primeros en llamar la atención al papel que una industria azucarera reestructurada desde sus cimientos tendría que cumplir, por muchos años todavía, en la reconstrucción socialista de la economía cubana.

No es menor la claridad con que estudia y ubica el alcance de los «cuellos de botella» —como se dice— que inciden desfavorablemente en el desarrollo de la Isla, por ejemplo la falta de petróleo, caídas de agua y en general energéticos y los bajos niveles de calificación técnica, así como las líneas más convenientes para el desarrollo de la investigación científica y tecnológica en Cuba e incluso el uso de

las matemáticas y la computación en la solución de numerosos problemas.

Juan se suma a los convencidos de la necesidad de una profunda reforma educativa y en especial una reforma universitaria en la que tiene una importante participación. También insiste en la indispensabilidad de la planificación económica y social y en los requisitos que debe cumplir para que sea efectiva, no como un proceso administrativo, burocrático, tecnocrático, impuesto desde arriba, sino como un proceso vivo en la que lo fundamental es la participación de las masas trabajadoras. En esos breves años Noyola colabora activamente, de un lado, en la creación de un organismo del gobierno revolucionario llamado a cumplir un papel sobresaliente; la Junta Central de Planificación, la *Juceplán* de la que es destacado funcionario; y de la otra, en la del Instituto de Economía de la Universidad de La Habana del cual es uno de los primeros profesores. Es de justicia destacar el esfuerzo que Juan puso en ambas tareas.

Latinoamericano e internacionalista

Desde años antes de marchar a Cuba, animado de la vocación latinoamericanista que lo llevó a la CEPAL, Noyola había hecho suya la sentencia de Martí: "El pueblo que quiere ser libre tiene que vender a más de un país". Una y otra vez repetía que en la era del capitalismo monopolista es inapelable la verdad martiana de que "El pueblo que vende sirve, el pueblo que compra manda"; que tal es lo que acontece en el desigual intercambio entre nuestros países exportadores de materias primas a los mercados altamente monopolizados de las metrópolis imperialistas y estructuralmente subordinados a éstas en la importación de bienes industrializados de producción y consumo, tecnología y capitales. Profundo conocedor del conjunto de nuestra América, Juan sabía bien que "el imperialismo es un fenómeno real, que obedece a ciertas leyes" y que "Hasta el año 1958, la economía cubana era probablemente la más dependiente del imperialismo entre todas las economías de América Latina".

En cada uno de nuestros países había podido comprobar que el imperialismo está profundamente enraizado al través de la inversión extranjera y múltiples mecanismos económicos, políticos, culturales y militares en la estructura de la acumulación de capital y la producción, de las clases sociales y del comercio exterior no menos que en la superestructura política e ideológica. Por esto, al referirse a las enormes transformaciones que el David de la Revolución logra poner

en marcha enfrentado heroicamente al Goliath imperialista y sus aliados internos de mil caras, podía señalar que estábamos ante hechos históricos sin precedente:

Desde el punto de vista cualitativo —enfatisa en septiembre de 1960—, la economía cubana [...] ha roto decisivamente en una forma que no se había visto nunca en América Latina, algunos de los mecanismos de control que estableció el imperialismo: ha nacionalizado en una escala y en una forma nunca antes vista en toda la historia de América Latina, las propiedades norteamericanas en los sectores fundamentales de la economía [...] no digamos en los últimos diez meses, durante el mes pasado, [Cuba] le dio un golpe de tal magnitud a las relaciones tradicionales entre el imperialismo y los países dependientes, que eso sólo, ese solo hecho, [la] distingue cualitativamente [...] respecto a otros países latinoamericanos.

Desde un principio Juan entendía la dimensión internacionalista de la Revolución Cubana. Seis décadas después de Martí, recién egresado de la UNAM había prestado sus servicios profesionales en el Fondo Monetario Internacional, en Washington y tenido también la oportunidad de «conocer el monstruo en sus entrañas», de observar la acción del imperialismo en conjunto. Comprendió e hizo honor al privilegio de entregarse a la Revolución Cubana, de "vivir una epopeya [...] participar en una tarea tan grandiosa, como ésta que es única en la historia de América Latina y seguramente única en la historia de la humanidad".

Supo que desde sus primeros pasos en Cuba la Revolución desbordaba lo nacional y que al enfrentar y derrotar al imperialismo estadounidense en su propio e inmediato «traspasio» latinoamericano se convertía, necesariamente, en un hecho internacional para cuya supervivencia no bastaba la firmeza, el heroísmo, la creatividad de todo un pueblo y su admirable dirigencia sino que requería la solidaridad y el apoyo internacionalista de los pueblos latinoamericanos, de los trabajadores de muchos países imperialistas, de la Unión Soviética y otros países socialistas, solidaridad que siempre mereció, acrecentó y actualizó hasta vencer el cerco tendido por el imperialismo.

Y al mismo tiempo Juan comprendió que la Revolución había hecho de Cuba, como alguna vez afirmara Raúl Roa, una *Isla Desanclada* que se puso a navegar por todos los océanos del planeta: en un Estado internacionalista, generoso, solidario como lo ha sido a lo largo de veinte años hacia las luchas de todos los pueblos latinoame-

ricanos, el de Vietnam, el de Angola, el de Etiopía, que no escatima los recursos ni la sangre de su pueblo revolucionario, al máximo de sus fuerzas, dondequiera se le solicita con base en el derecho y la razón, en el enfrentamiento contra el capitalismo imperialista, contra el bárbaro sistema de opresión, explotación y represión que aún frena el desarrollo de la humanidad, esta humanidad que en esta época, como el pueblo cubano lo proclamó en su primera *Declaración de La Habana*, ha dicho: ¡Basta!... y echó a andar.

Esa convicción y esa entrega latinoamericana, internacionalista, animó el pensamiento y la acción de Juan Noyola al lado de otros intelectuales latinoamericanos y del pueblo cubano hasta el momento en que, hace dieciséis años, a fines de noviembre de 1962, apenas unas semanas después de los angustiosos sucesos de la Crisis de Octubre de aquel año (la llamada «crisis de los cohetes» en que la Revolución y el pueblo de Cuba —y Juan como parte de él— se jugaron en unas horas la vida y el derecho a regir su destino con dignidad y fortaleza sin par), muere al servicio de la Revolución en el cumplimiento de una misión internacionalista de las varias en que participó, cuando al regreso de Brasil el avión en el que viaja la delegación cubana que había asistido a una reunión de la FAO se despedaza cerca de Lima.

Pareciera que en ese trágico momento concluyó para siempre la carrera de un hombre que muere en la plenitud de su vida, a los 40 años de edad. Y en verdad, a veinte años del triunfo del proceso iniciado en el asalto al Moncada muchas de las cosas que Juan preconizó hasta su muerte en 1962 constituyen ya el *pasado*, hechos que fueron realizados en los años siguientes y que ya están en la historia de la Revolución Cubana. Más aún, ante un proceso histórico tan vertiginoso, profundo e intenso; ante la permanente capacidad de la Revolución Cubana de renovarse a sí misma, algunos hechos de los que Juan se ocupó parecieran los de un pasado remoto.

Sin embargo, no podemos olvidar que lo que es pasado para el pueblo hermano que en Cuba ganó hace veinte años el derecho a hacer la primera Revolución Socialista de América y ha logrado gigantescos avances en la afirmación de la soberanía del pueblo trabajador y en todos los órdenes de la vida humana, aún sigue como tarea fundamental del *futuro* para países como el nuestro, para los demás pueblos de la América Latina que en estas mismas dos décadas han tenido que sufrir una mayor explotación y opresión y han visto incrementarse su *rezago* histórico.

Abreviar en las páginas que nos lega Noyola, por lo tanto, no es sólo un entretenimiento para historiadores. Para cualquier economis-

ta, para cualquier intelectual, para cualquier luchador del resto de esta América nuestra, los hechos y las reflexiones que contienen estas páginas son todavía presente y futuro, lección y venero de enseñanzas, como lección y venero de enseñanzas es la Revolución Cubana que ha consolidado un sistema de economía, de salud, educación y cultura justo y humano que tiene su asiento en un sistema de planificación racional del desarrollo fincado sólidamente en las grandes transformaciones estructurales y superestructurales de la Revolución; en un nuevo Estado de los obreros, los campesinos y los trabajadores intelectuales; en un genuino poder popular en el cual la participación creciente de las masas trabajadoras —cada vez más cultas, más informadas, más maduras, más conscientes— en la definición y realización de su propia historia revolucionaria nacional e internacionalista, es un hecho real.

Forman parte de la realidad, son ya problemas resueltos y condiciones cumplidas por la Revolución la mayoría de las cosas que un economista con la visión y capacidad de Noyola contribuyó a estudiar y decidir. Podríamos dejar nuestro homenaje en el Juan Noyola de 1962. Pero, precisa insistir, gran parte de su legado es para nosotros estrictamente futuro. Digo por ello amigos, que Noyola en 1978 es tan vigente como nunca para quienes en países como el nuestro aún tendremos un largo batallar para que el poder hoy en manos de la burguesía y la oligarquía financiera sometidas al imperialismo, llegue a ser patrimonio pleno del pueblo trabajador.

Honro en la memoria de Juan Noyola el pensamiento vivo y la acción del economista sagaz, del científico penetrante e inquisitivo, del hombre honrado, del revolucionario y el internacionalista que por serlo no sólo pertenece a Cuba y a nuestra América Latina sino que es más acendradamente mexicano, como un ejemplo inmarcesible para los jóvenes y para los revolucionarios de México dispuestos a seguir el camino de la revolución socialista.

Muchas gracias por su atención.